

Nostalgia por José Emilio

Elvira García

José Emilio Pacheco falleció el pasado 26 de enero. Hablamos de un poeta mayor de la lengua española, de un narrador ya clásico, ensayista y traductor que hizo de la labor intelectual un ministerio. Elvira García, Adolfo Castañón, Fernando Serrano Migallón, Hernán Lavín Cerda, Angelina Muñiz-Huberman y Miguel Ángel Flores asisten a estas páginas para dejar constancia de su devoción y agradecimiento a José Emilio, de quien reproducimos un par de páginas originales sobre la construcción de los ejes viales y que en su momento entregó a Elvira García.

Era 1978. En el Distrito Federal, una noticia indignaba a buena parte de sus habitantes: su ciudad capital cambiaba de piel. Se talaban árboles, se angostaban anchos camellones, palas mecánicas arrancaban gráciles palmeras. Eso ocurría en las colonias Del Valle, Narvarte, Roma e Hipódromo Condesa. Por igual sucedía en otros rumbos más lejanos y menos arbolados. La idea de Carlos Hank González, entonces jefe del Departamento del Distrito Federal, era hacer una obra de ordenamiento vial: trazar una retícula, atravesar la ciudad de un extremo a otro, de norte a sur, de oriente a poniente, con 34 ejes viales que servirían para darle un respiro temporal a la vialidad, pero privilegiando, como siempre, al auto, rey de nuestras calles. En su gobierno, Hank se propuso crear 17 ejes pero solo terminó 15. Hoy existen 31.

La intervención urbana con ejes viales era de las más importantes e impactantes para nuestra capital metropolitana después de las realizadas desde los años cuarenta y hasta los sesenta, por una sucesión de arquitectos

y urbanistas como Mario Pani Darqui, Alejandro Prieto Posadas, José María Gutiérrez Trujillo, José Luis Cuevas, Pedro Fernández Miret, Pedro Ramírez Vázquez y tantos otros que, con su ejército de pasantes e ingenieros, levantaron, cada uno en su tiempo, los multifamiliares Nonoalco Tlatelolco, Benito Juárez y Miguel Alemán, las Unidades Kennedy e Independencia, entubaron el río La Piedad, trazaron el Viaducto Miguel Alemán y el primer tramo del Anillo Periférico. Esas obras miraban a un futuro que nos alcanzó muy pronto: la explosión demográfica. De una capital que albergaba una población de dos millones 234 mil 795 habitantes en 1950, éramos para finales de los setenta más de seis millones en el Distrito Federal. Entre más habitantes que aquí se asentaban, más crecía el número de automóviles. Por eso, cuantos más años pasan, más fantástico e increíble resulta imaginar, a principios de los sesenta, al presidente Adolfo López Mateos —amante de las mujeres y de los autos— salir en su deportivo para

correr por las mañanas a más de cien kilómetros por hora, sobre su creación, el Anillo Periférico. Hoy quien transita por esa vía, siente que vuela cundo va a más de cuarenta por hora.

Pero en 1978, el plan maestro de ejes viales pretendía ordenar y hacer fluir el tránsito automotor. Para lograrlo, arrasaría con antiguas hermosas casas, ensancharía calles y avenidas, cerraría otras, reduciría o desaparecería camellones, arrancaría cientos de árboles y palmeras, despojaría a niños y adultos del placer de jugar y caminar en sus antiguas y anchas banquetas.

Tres millones de toneladas de cemento caerían sobre la ciudad. Residencias, parques y camellones serían devorados por el asfalto. Mucha gente perdió sus propiedades, indemnizados con míseros pesos por las autoridades capitalinas.

A pesar de la dimensión de esos cambios que atentaban contra la belleza y la ecología de nuestra capital, pocas personas salieron a protestar. Sí lo hicieron residentes de las colonias Del Valle, Narvarte y también de la Condesa, que no estaba de moda ni era lo que es hoy: una vitrina para ser visto.

Hoy todavía recuerdo a niños, jóvenes y adultos tomados de las manos formando una cadena de brazos alrededor de palmeras y árboles; eran sus árboles y sus palmeras que crecieron a la par de ellos. Querían protegerlos de los trascabos y las palas que mostraban su fauces dispuestas para la destrucción. En los diarios aparecieron desplegados de protesta que firmaban artistas e intelectuales. Hubo marchas por algunas avenidas y camellones; también dibujos realizados por niños se pegaban sobre árboles y paredes de casas y edificios. Esas personas hacían pública su inconformidad con el proyecto que Hank González retomó de aquel que, en los años treinta, ideó el urbanista Carlos Contreras.

En 1979, haciendo como que no escuchaba la protesta ciudadana, Hank inauguró esos 15 primeros ejes viales: 133.5 kilómetros de asfalto, con los cuales este Distrito Federal empezó a ser, en términos viales, una ciudad rectilínea. Al concluir su encargo, Hank se fue a casa, a atender sus negocios. A sus espaldas se cuchicheaba un sobrenombre: “Gengis Hank”, por su poder destructor.

Por aquel tiempo, yo colaboraba en la sección Cultura de la revista *Proceso*, sección que estaba a cargo de Vicente Leñero, dueño de un espléndido olfato periodístico. Con él planeé un reportaje con testimonios que hicieran evidente la inconformidad de muchos ante esa decisión. Entre los ciudadanos que me regalaron su opinión figuraba el escritor José Emilio Pacheco.

Como sabemos, en esa época el poeta se negaba rotundamente a ser entrevistado. Mis ruegos para lograr ser la excepción a la regla resultaron en una alternativa

que surgió del siempre dulce, humilde y sencillo José Emilio Pacheco: él mismo me escribiría su opinión en un breve texto. Y lo hizo.

Pero, siempre agobiado por el exceso de trabajo y los libros por leer, el autor de “Inventario” se retrasó en la entrega del dichoso texto; y ya no pude incluirlo en el reportaje. Pese a ello, fui a recoger el escrito. Aunque parezca antediluviano, en ese tiempo no existía el fax, mucho menos Internet y los periodistas nos trasladábamos hasta las oficinas de nuestro medio para entregar nuestros escritos. José Emilio me dejó el suyo con Elenita Guerra —la eficiente y ya fallecida secretaria de don Julio Scherer.

Ese texto es un nostálgico, indignado y amoroso ensayo de una cuartilla y media, acerca de cuánto le duele la destrucción de su colonia, la Condesa y nuestra ciudad. Fue escrito sobre papel revolución y... ¡a máquina!, que era nuestra única herramienta de trabajo. Antes de las dos hojas que contienen el ensayo, hay una nota en la que el poeta me ofrece una disculpa por el retraso en la entrega y me suplica que, si me resulta demasiado extensa su respuesta, la excluya en su totalidad y devuelva el documento a Elenita, para que “ella me haga el favor de guardármelo”.

Nunca lo devolví. Hoy ya no recuerdo exactamente la razón. Estoy casi segura que, como nos ocurre a los periodistas, otro reportaje, otra entrevista, me hizo olvidar por completo esa súplica. El periodismo es flor de un día. Y los periodistas vivimos con pasión las fechas previas a “ese” día. Después, nos distanciamos, nos desapasionamos cuando esa pieza periodística camina su propia vida, en la prensa, la radio o la tele. Allí termina el breve ciclo de cada pasión periodística. Así habrá ocurrido con esas tres hojas amarillas, que se fueron amarillando más y más con los años y que guardé entre mis folders marcados con la leyenda: “documentos por devolver”.

José Emilio Pacheco no está más entre nosotros. No se asomará más por la ventana de su casa en la colonia Condesa, no caminará más por esas sus calles cada día más cambiadas, no se angustiará ni indignará más por este país tan devastado en todos los órdenes.

Pero quienes admirábamos, leíamos, seguíamos y amábamos su obra, no nos repondremos en largo tiempo de su ausencia. Para mí, cada temporada de su “Inventario”, en las páginas de *Proceso*, era de aprendizaje; un gozoso curso intensivo de todo: historia, literatura, geopolítica, visión del mundo.

Hoy, simbólicamente le devuelvo a José Emilio Pacheco su texto, a través de las páginas de la *Revista de la Universidad de México*. El original lo seguiré guardando entre mis papeles cargados de nostalgia.

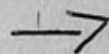
Toda protesta o queja por la destrucción de la Condesa debe partir de un hecho: la diferencia entre la molestia y el horror. A pesar de todo lo que padecemos sus habitantes, comparados con las mayorías de la ciudad y el país aún formamos parte de la élite privilegiada, aunque estemos en el último escalón.

La historia no escrita de la Condesa es la historia de la clase media mexicana que tuvo aquí uno de sus reductos quintaesenciales. Entre la miseria de Tacubaya y la opulencia de Las Lomas, la Condesa fue poblada por gente que tenía la esperanza de cambiarse a Jardines del Pedregal y el miedo de regresar a Tacuba o a la Villa. Nunca fue notable por su belleza pero desarrolló cierta unidad estilística a partir de un apaciguamiento de la arquitectura "colonial-californiana" --esto es, la idea que ~~los~~ ^{MONTEAMERICANOS} ~~americanos~~ se habían forjado de las construcciones virreinales--, estilo que alcanza su autoparodia en barrios como Polanco y Narvarte.

A su humilde manera, la Condesa fue grata y habitable durante cerca de cuarenta años. Un gueto modesto y cómodo al que no llegaba la realidad del país. Los pobres parecían tan lejanos como los ricos en esta tierra de nadie, a medio camino entre el violento pasado y el porvenir que invariablemente se presentaba como el momento en que cada familia mexicana tendría su casita propia y su coche.

El circuito interior hirió de muerte a la Condesa. En menos de un año Hank González la exterminó para siempre. Gracias a él la Condesa se encontró al fin con su destino mexicano y rápidamente se convirtió ~~en~~ como la ciudad toda, en la hija de Calcuta y Naucalpan.

Hank taló árboles y esperanzas de salvarse de ^{un} ~~un~~ desastre urbano que ^{ya} ~~no~~ tiene remedio. La Condesa es parte de un cuerpo agonizante.



Se acabó la antigua vida comunitaria; la vieja tranquilidad fue reemplazada por la aventura mortal de cruzar calles partidas por los ejes viales, y ^{por} el tormento de aturdirse hasta la psicosis con el estruendo que se ^{PROLONGA} ~~continúa~~ desde la cuatro de la mañana hasta las doce de la noche.

Obras hechas, anacrónica, irracional o críminalmente, en beneficio del transporte individualista en automóvil (y, por supuesto, en provecho de los contratistas y las grandes empresas en la santa alianza para la corrupción gobierno-iniciativa privada) se vuelven ahora contra aquellos mismos a quienes anteriormente privilegiaron. Afectan hasta la raíz las existencias individuales, y están por verse en julio los primeros resultados políticos de todo esto.

La crítica sólo puede hacerse en tiempo presente: el poder tiene el monopolio del futuro. Hank González nos pide que esperemos. En vano: hoy todos saben que esta ciudad no tiene salida. Es el retrato del gran fracaso mexicano y una de sus expresiones más elocuentes.

José Emilio Pacheco

PARA LA ENCUESTA DE ELVIRA GARCIA
POR CORTESIA DE ELENITA

Muy estimada amiga:

Con disculpas por la involuntaria tardanza, le dejo con Elenita mi respuesta. Le hago nada más una súplica: si le resulta demasiado extensa y no puede publicarla completa, exclúyala en su totalidad y devuélvale el texto a Elenita para que me haga favor de guardarlo.

Muchas gracias. Un saludo afectuoso de su amigo

José Emilio Pacheco